

Capítulo 4: La comunión de personas, imagen de la Trinidad

El camino de Adán y Eva ha dado un giro imprevisto. Ellos creían ir en busca de Dios, el origen primero, la fuente de donde brota la vida. Pero ahora han descubierto que, antes que nada, era Dios el que les buscaba para revelárseles como el dador primero de todo bien, el Creador y Padre. Adán y Eva entienden finalmente que Dios les ha confiado a cada uno el cuidado del otro; y así les ha invitado a entrar en diálogo con Él mismo y a caminar juntos hacia Él. Teresa y Andrés también perciben este misterio ante la tienda del anciano orfebre:

Toda nuestra existencia estaba ante Él. Su mirada emitía signos que en aquel momento no fuimos capaces de captar en su plenitud, como aquella vez tampoco supimos interpretar las llamadas en la montaña –pero penetraron en lo más hondo de nuestros corazones. Y de algún modo caminamos en su dirección, pues se convirtieron, de pronto, en la trama de toda nuestra existencia.

Los dos jóvenes, atraídos por las señales del orfebre, contemplan su propio reflejo en el escaparate del taller. Al ver sus imágenes ambos descubren que, como Adán y Eva en los albores del mundo, son capaces de reflejar la imagen de Dios: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó» (Gén 1, 27).

«El principio y el fin son invisibles» dice Juan Pablo II en su Tríptico Romano. Y es verdad: su origen y destino quedan ocultos al hombre, escapan a la vista. Sin embargo, no todo es oscuridad en la ruta. Pues entre el fin y el principio se extiende un reguero visible: la imagen de Dios se muestra a lo largo del camino del amor humano. Nuestro recorrido nos ha traído al punto donde Adán y Eva, Teresa y Andrés, cada matrimonio, descubren este reflejo. Y nos preguntamos: ¿en qué consiste la imagen de Dios? ¿Cómo puede la fuente infinita de donde todo brota reflejarse en el río serpenteante del amor humano? ¿Es posible que hombre y mujer hagan visible el origen y meta de todo?

La imagen del hijo

La obra de Karol Wojtyła *Hermano de nuestro Dios* nos ofrece un punto de apoyo para buscar la imagen divina en el hombre. Allí se nos cuenta la historia de Adán Chmielowski, un pintor que abandona sus lienzos para seguir a Cristo, dedicándose a los más pobres. Adán es nombre simbólico, usado con frecuencia por Wojtyła para referirse al camino de todo hombre y mujer.

El motor de la acción es la búsqueda inquieta de Adán tras la perfecta belleza. A lo largo de su ruta el protagonista tiene que enfrentarse con una voz interior, personificada en un misterioso personaje: «el Otro». Esta voz musita continuamente en sus oídos: «Tu dignidad especial es tu inteligencia». «El Otro» representa aquí una visión concreta del hombre como ser autónomo, capaz de alcanzar por sí mismo su propia felicidad y plenitud, y que ve todo ofrecimiento de ayuda externa como un insulto a su dignidad autosuficiente.

A medida que la obra avanza, Adán replica a la voz de «el Otro» con una lógica más profunda: es la perspectiva de la imagen y semejanza. A la vista de un hombre pobre que se apoya en una poste de la luz, Adán dice: «hay en él algo más que un pordiosero apoyado en una farola [...] Hay en él cierta imagen [...] Imagen y semejanza». Adán explicará enseguida qué es esa imagen y semejanza: «Espera: imagen y semejanza. ¿Ves? Es una critatura, es un hijo. Yo también». La frase clave («es un niño; es un hijo») se refiere a la imagen como a una relación filial. La especial dignidad del hombre no deriva simplemente de su inteligencia y su

capacidad de autonomía, sino de su relación filial con un Padre que le ha traído a la existencia y le llama a una vida de amistad y comunión.

Esta lectura está de acuerdo con la que nos transmite el Génesis en su primer capítulo. Allí se nos cuenta que el hombre fue creado según la imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 26-27). Para algunos exegetas el hombre es imagen por la tarea que Dios le ha encomendado: dominar la tierra y prolongar así el dominio divino. Como veremos, Wojtyła está de acuerdo, pero a la vez se sitúa en un contexto más amplio, el de la relación entre el hombre y Dios. Es verdad que Dios llama al hombre a ser su representante y administrador en el mundo. A la vez, este papel es resultado de una llamada más profunda, una invitación primera a la alianza con el Creador. El hombre es, antes que nada, aquel con quien Dios establece una amistad. Es esta relación con Dios la que hace a Adán muy superior al resto de las criaturas; de aquí deriva su dominio sobre el mundo, como un modo de hacer presente en él al Creador. Así la imagen de Dios se asocia a lo que Juan Pablo II llama «soledad originaria», es decir, a la capacidad del hombre para responder a la voz del Dios que lo llama a la vida.

Más aún, hemos visto que Adán Chmielowski conectaba la imagen de Dios con la llamada a ser hijo de Dios: «Ah, espera –imagen y semejanza. ¿Ves? ... es un hijo». Esta conexión encuentra también apoyo en la Biblia. Isaías, por ejemplo, compara a Dios con el alfarero que modela el barro para darle forma, y a la vez con el padre y madre que engendran y dan a luz a un hijo: «¡Ay de quien litiga con el que la ha modelado, la vasija entre las vasijas de barro! ¿Dice la arcilla al que la modela: “¿Qué haces tú? [...] ¡Ay del que dice a su padre!: “¿Qué has engendrado?” y a su madre: “¿Qué has dado a luz?”» (Is 45, 9-10). El Génesis redondea el símil cuando afirma que Adán y Eva transmiten a sus hijos la imagen de Dios (cf. Gén 5 ,3). Con esto se dice que la paternidad humana es un reflejo de la misma paternidad divina.

No es de extrañar, pues, que Juan Pablo II exprese el primer don que reciben Adán y Eva en el Paraíso en términos de filiación divina:

Este donar coherente que se remonta hasta las más profundas raíces de la conciencia y del subconsciente, hasta los últimos estratos de la conciencia subjetiva de ambos, hombre y mujer, y que se refleja en su recíproca «experiencia del cuerpo», testimonia la radicación en el Amor. [...] En el lenguaje bíblico, es decir, en el lenguaje de la revelación la calificación de «primero» significa precisamente «de Dios»: «Adán, hijo de Dios» (cf. Lc 3, 38) [...] A su tiempo, Cristo será testigo de este amor irreversible del Creador y Padre, que ya se había expresado en el misterio de la creación.

En este pasaje Juan Pablo II une sus reflexiones sobre la soledad originaria con la idea de filiación. Se confirma así que, para él, la soledad originaria no tiene que ver con el aislamiento del individuo. A la luz de la imagen de Dios entendemos que la soledad es lo contrario de la autonomía: representa la condición del hombre, cara a cara con el dador originario que creó el Universo. En su soledad primera Adán y Eva experimentan que Dios, como dice San Atanasio, «es bueno; o mejor, es el manantial de todos los bienes».

Este tema de la filiación arroja luz sobre otro aspecto de la imagen de Dios: la libertad del hombre. La Biblia conecta esta libertad con la filiación y no, por ejemplo, con la autonomía autosuficiente del individuo que nuestra cultura tiende a exaltar. De hecho, para los antiguos el hombre libre era quien pertenecía a su casa como miembro de la familia, mientras los esclavos no tenían morada propia. Ser libre, por tanto, significa ser un hijo en la casa de nuestro padre. Así San Pablo opone la esclavitud, no a la ausencia de límites, sino a la existencia filial (Gál 4, 7). Y San Juan dice: «Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres» (Jn 8, 36).

La imagen de Dios se forma en el tiempo

Como estamos viendo, la imagen de Dios significa mucho más que la efigie de un rey en una moneda, o la figura de un hombre reflejada en el espejo. Estas imágenes se parecen, sin duda, al original, pero no tienen una relación viva con él. La perspectiva es muy distinta cuando se trata de la imagen de un hijo engendrado por su padre. Esta imagen sí que está siempre en diálogo con el original, pues el hijo nace del padre y tiende hacia él. La imagen de Dios en el hombre pertenece a este segundo tipo y por eso es capaz de revelar a la vez la procedencia y el destino. Es una imagen que está en marcha, que se va formando a medida que cada uno camina por la ruta de la vida.

El Génesis enseña que Dios creó al hombre a su «imagen y semejanza». Los Padres de la Iglesia vieron una diferencia importante entre los dos términos. La imagen se refiere a la dignidad del hombre, por haber salido de las manos de Dios y estar llamado a la comunión con Él; es una dignidad de que disfrutamos desde el inicio de la existencia y que nunca podemos perder. La semejanza, por su parte, mide nuestra cercanía a Dios, los pasos que vamos dando para acercarnos a Él. Por eso la «semejanza» crece con el tiempo, según estamos en mayor armonía con el original. Como escribió San Máximo el Confesor: «A la bondad originaria de la imagen se añade la semejanza, adquirida por la práctica de la virtud y el ejercicio de la voluntad». Según este esquema la imagen y semejanza es a la vez un don y una tarea; la respuesta humana lleva a plenitud el don divino y perfecciona al hombre, acercándolo a su original. Juan Pablo II usa un esquema parecido cuando dice en su carta *Mulieris Dignitatem* que «esta semejanza es una cualidad del ser personal... y es también una llamada y una tarea».

Para entender la imagen puede servirnos otra comparación: la de la palabra divina (ver Jn 1, 3). A Dios le basta la palabra para crear todo el universo, pero en el caso del hombre hace falta algo más: es necesario que esa palabra encuentre una respuesta, que el hombre dialogue con su Creador. El hombre se distingue de los animales como el único ser en la tierra capaz de responder a la palabra de Yahvé. En esto precisamente consiste la imagen de Dios en el hombre. Por eso la imagen se conserva íntegra solo cuando sigue en diálogo con su original. El hombre se hace semejante a Dios cuando le escucha y obedece a su palabra, en conversación continua con Él.

Hay una consecuencia importante que se desprende de estas reflexiones: podemos contemplar la imagen de Dios en el hombre solo si atendemos a su vida entera, tal y como se desarrolla en el tiempo. Es una imagen, diríamos, en marcha; una imagen que se plasma a lo largo de un camino, de una respuesta vital a la llamada primera de Dios. Es decir, la imagen se parece mucho más a una obra de teatro en que se narra una historia, que a una fotografía que recoge solo un momento feliz de la vida. ¿Cuál es ese camino en que el hombre refleja la imagen de Dios?

Ya hemos visto el primer paso de este viaje: es la experiencia de saberse hijo de Dios, que cada uno aprende a través de sus padres. El hombre es imagen de Dios porque viene de un amor personal, de una relación de amor en que Dios está presente y que Él bendice con el don de una nueva vida. Esto quiere decir que la familia, el lugar donde el ser humano entra en el mundo, se convierte en el primer sitio donde la imagen de Dios se revela. Pues es aquí donde cada uno descubre que su vida viene de Dios y aprende a recibirla de sus manos. Aquí se comienza a ser persona, es decir, un ser que viene del amor de otro y que, al nacer, es amado por sí mismo.

Ahora bien, esta filiación no refleja la totalidad de la imagen. Como hemos visto, la imagen tiene que ser completada a lo largo de la vida del hombre hasta convertirse en semejanza perfecta. No es suficiente haber nacido y reconocer que nuestro origen está en Dios, que somos sus hijos y por eso hechos a su imagen. Tenemos también que responder a su amor, que aceptar libremente el don divino de la existencia y hacerlo fructificar en nuestra vida. Por eso hemos de preguntarnos todavía cómo la imagen, que empieza en la filiación, puede crecer y acercarse al original. ¿Cómo retorna el hijo a la fuente de todos los dones, de donde viene? Sabemos la respuesta: es a través del amor, entrando en una comunión de personas, como la imagen de Dios llega a plenitud en la existencia humana.

La imagen se revela en la comunión

La obra *Hermano de nuestro Dios* nos retrata el fracaso de la inteligencia autónoma cuando quiere explicar la relación del hombre con su prójimo. La voz de «el Otro», símbolo de independencia, identifica la dignidad humana con su capacidad de raciocinio. Pero «el Otro» ha dejado fuera de sus cálculos un elemento crucial: estas capacidades son dones recibidos de Dios para hacer al hombre capaz de conocerle y amarle en comunión con otros. En una escena, Adán encuentra a un vagabundo que yace abandonado en la carretera. Se le revela allí un camino para escapar de la lógica asfixiante de «el Otro»:

Adán: ¿No ves a ese hombre apoyado en la farola?

El Otro: No dice nada a mi inteligencia. Ha dejado de ser un problema para mí. Puedo ignorarle.

Adán: ¡Cuántas cosas, cuántas cosas te faltan!

Alrededor de Adán se extiende ahora la oscuridad de la calle, uniforme y compacta. Ha dejado atrás la luz de la farola que proyectaba su sombra. «El otro» ya no está. Adán sostiene al vagabundo con su brazo. Le ayuda a caminar, y el esfuerzo le hace cojear más de la pierna derecha.

Vamos, amigo. ¿No dices nada? Tus manos... estás aterido... No puedes andar... Vamos, ¡camina! [...] ¡Vamos, adelante! Me has salvado.

«Me has salvado». Adán está salvado porque ha evitado la tentación de vivir en solitario bajo la tiranía estéril de una razón calculadora, priva de amor. La dependencia del pobre vagabundo, que solo cuenta con la ayuda de Adán, le recuerda que él también, a su vez, depende de otros. Adán abre por fin sus ojos para descubrir su propio misterio: es, ante todo, un hijo. Su filiación se le ha revelado en el encuentro con aquel hombre pobre y desvalido.

Esta escena de dolor y compasión, nos recuerda otra más alegre, de que ya hemos hablado. También Adán y Eva, en el principio del mundo, descubrieron que eran hijos de Dios al encontrarse el uno al otro. Adán recibió a Eva como un don de Dios y, al donarse a ella, se convirtió en signo del amor de Dios hacia la mujer. Esto quiere decir que el amor de la primera pareja se desarrolla en relación con Dios mismo, la fuente de la vida. Sabemos que esta es una relación filial, una relación con Dios como Padre Creador. Por eso, al recibirse el uno al otro como don de Dios, y al darse mutuamente a su vez, Adán y Eva dan testimonio de que son hijos de Dios y caminan juntos de vuelta al Padre, de quien vienen.

Nos preguntábamos cómo el hombre lleva a plenitud la imagen de Dios y expresa visiblemente el amor del Padre en su vida. Tenemos ahora la respuesta: a través del don mutuo que el hombre y la mujer hacen de sí mismos. Como explica Juan Pablo II en su carta *Mulieris Dignitatem* (sobre la dignidad de la mujer) Dios se revela a sí mismo en la comunión de personas. Por eso la unión entre hombre y mujer es reflejo del amor que es Dios

mismo. Por su parte, Benedicto XVI decía en uno de los primeros discursos de su pontificado: «el ser humano ha sido creado a imagen de Dios, y Dios mismo es amor. Por tanto, es la vocación al amor la que hace de la persona humana una auténtica imagen de Dios: el hombre y la mujer se asemejan a Dios en la medida en que se aman mutuamente».

La clave está, pues, según Benedicto XVI y Juan Pablo II, en que los esposos se aman mutuamente con un amor más grande que ellos mismos. Pues al amarse participan del mismo amor Creador que los trajo a la existencia. El don originario del amor de Dios los abraza; y les da a su vez la capacidad de entregarse el uno al otro en respuesta grata al dador primero de la vida. Y así el amor de los esposos se convierte en presencia visible de Dios en el mundo: los dos se hacen su imagen.

Más arriba dijimos que la imagen de Dios es una relación dinámica entre un hijo y su Padre. Ahora podemos añadir que este dinamismo se continúa en el amor que une a hombre y mujer. El amor del hijo que sabe haber recibido todo del Padre madura por su propia naturaleza en un amor sponsal. Gracias a esta unión el hombre y la mujer caminan juntos hacia Dios, llevando a plenitud la imagen y alcanzando la semejanza, según la distinción usada por varios Padres de la Iglesia.

A esto tenemos que añadir todavía un aspecto importante. Puesto que los esposos se aman en una dimensión que les supera a ambos, la dimensión del abrazo del Padre, pueden dar un fruto muy por encima de sus expectativas y posibilidades. El signo visible de esta fecundidad es el hijo. «He concebido un hijo», exclama Eva, «con la ayuda de Dios» (cf. Gén 4, 1). Adán, el hijo de Dios, que ha recibido todo de su Padre, muestra su amor por Él al entregarse a sí mismo a Eva, su esposa, a quien acoge como hija de Dios, regalo suyo. Esta bendición de Dios queda de relieve en la fecundidad, prueba de la presencia del amor divino en el amor humano, de generación en generación. Las palabras que Karol Wojtyła pone en boca de Adán, el primer hombre, en su poema *Meditación sobre la paternidad* subrayan este vínculo entre ser hijo y convertirse en padre:

Acoger en sí el resplandor de la paternidad no significa solamente «ser padre»; sino, en primer lugar, «ser niño» (ser hijo). Siendo padre de tantos hombres, debo ser niño: cuanto más padres soy, más niño soy.

Más arriba dijimos que, para poder entender la imagen de Dios, teníamos que verla desarrollarse en el tiempo. El hombre es imagen de Dios a través de su historia, haciendo así presente su origen invisible y su invisible destino. Somos quienes somos porque otro nos ha amado, nos ha traído a la existencia, y nos ha hecho capaces del don mutuo a través del amor sponsal y fecundo.

De este modo entendemos por qué la persona nace en la familia. Y no nos referimos al sentido obvio de que viene allí a la existencia, sino a que la persona se constituye como tal en el tejido de las relaciones familiares. Persona es quien procede de otro y, por haber recibido este amor filial, es capaz a su vez de donarse a otros (amor sponsal) y transmitir vida (amor fecundo). Es este proceso –que Juan Pablo II llamó la «genealogía de la persona» en su *Carta a las familias*– el que transmite en el tiempo la imagen de Dios. Es decir, la familia nos habla de filiación, sponsalidad y paternidad, y estas coordenadas son precisamente las que dan forma a la imagen y semejanza divina en el hombre. Somos imagen de Dios cuando, reconociéndonos hijos, nos convertimos en esposos y padres. Para profundizar en esta trayectoria de la imagen consideremos cómo se revela, precisamente, en el cuerpo humano.

La imagen de Dios en el cuerpo: desnudez originaria

Parece natural suponer que la imagen de Dios reside en el alma humana. Después de todo, el alma es la sede de la inteligencia y la voluntad libre, con que el hombre se diferencia de los animales. Juan Pablo II acepta sin duda este presupuesto: en el alma del hombre se contiene la imagen divina. Pero añade algo importante: esta imagen brilla también en el cuerpo humano.

Al considerar el cuerpo como imagen de Dios, Juan Pablo II reavivaba la antigua tradición de los Padres de la Iglesia. Los primeros cristianos escribían, por ejemplo, que el Creador “formó [la carne del hombre] con sus propias manos según la imagen de Dios». Ante esta afirmación surge una pregunta. El cuerpo, tomado de la tierra, ¿puede contener la imagen del Dios invisible y trascendente, un Dios que es espíritu inmaterial?

Para responder, recordemos primero cuanto ya sabemos acerca del cuerpo. Hemos visto, en primer lugar, que el cuerpo es la forma en que el hombre participa en el mundo y está abierto a los otros. Es como la primera casa, en la que cada uno encuentra las cosas y personas que le rodean y las acoge como parte de sí mismo. Más aún, en su apertura a los demás hombres, el cuerpo descubre también que la existencia humana está abierta a Dios, a ese misterio infinito del que venimos y hacia el que nos movemos. En este sentido podemos hablar de un *significado filial* del cuerpo: el cuerpo nos revela que venimos de otro, que somos sus hijos. Pero el cuerpo tiene también un *significado esponsal*, pues muestra que Dios, dador originario, enriquece la existencia con el don de la otra persona y, a la vez, me confía a su cuidado. El lenguaje del cuerpo nos dice que el amor esponsal entre hombre y mujer es un camino hacia Dios y que cada persona es hijo llamado a convertirse en esposo. El cuerpo habla este lenguaje; por eso su mensaje revela nuestro destino, un destino tan alto como el Dios hacia el que nos dirige.

Y así el cuerpo atestigua la capacidad de crecer por encima de uno mismo hacia la comunión con el prójimo y con Dios. Por eso el cuerpo refleja a Dios precisamente en la medida en que Dios ama y es amor. Por supuesto, el cuerpo también nos expone a la vulnerabilidad y la dependencia. Y sin embargo, lejos de minar la capacidad del cuerpo para reflejar a Dios, esta pobreza es parte de la dignidad de la imagen divina. Dios, podríamos decir, se revela como Dios amor precisamente en la humildad del cuerpo. Es verdad que hay aquí una paradoja, pero es la paradoja misma del amor. Porque el amor crea siempre espacio para el amado, llamando al amante a aceptar con alegría la novedad que el amado le trae. Y así el amor es capaz de hacerse pequeño, de humillarse para dejar sitio al amado, para hacerlo crecer. Es el modo exacto en que se ha comportado Dios con el hombre, revelando su rostro.

Todo esto no niega, por supuesto, que la libertad o la inteligencia sean parte de la imagen de Dios en el hombre y de la superioridad humana sobre el resto de la creación. Lo que nos dice es que solo si vivimos estos atributos en la humildad del cuerpo nos revelarán el verdadero rostro de un Dios que quiere hacer alianza con su criatura y se abaja para que podamos subir hasta Él.

Esta habilidad para percibir la imagen de Dios contenida en el cuerpo humano es para Juan Pablo II una de las experiencias originales del hombre, que hemos de añadir a la soledad y a la unidad. Basándose en Gén 2, 25 («el hombre y la mujer estaban desnudos pero no sentían vergüenza»), Juan Pablo II ha llamado a esta experiencia «desnudez originaria». Esta ausencia de vergüenza no procedía de una falta de desarrollo psicológico, como si se debiera solo a la inmadurez de los primeros padres. Por el contrario, la desnudez, como todas las experiencias del principio, contiene una plenitud. Si el hombre la ha perdido no es porque

finalmente se haya hecho adulto, sino porque ha olvidado las verdaderas raíces de su ser, la verdadera fuente de donde brota su madurez como seres humanos.

Esta desnudez originaria es la capacidad para leer en el cuerpo humano la expresión de la soledad y de la unidad propias del principio, cuando el hombre salía de las manos de Dios. Adán y Eva estaban desnudos y no sentían vergüenza porque podían discernir la dignidad del cuerpo y reconocían su diferencia de las demás cosas del mundo visible, animado e inanimado. La desnudez originaria consistía en tener los ojos limpios para descubrir que hombre y mujer, en su ser masculino y femenino, habían sido dados el uno al otro y en su mutua entrega completaban su viaje hasta la fuente misma de todo don.

Así como la desnudez originaria nada tiene que ver con una falta de desarrollo del sentido moral, tampoco significa ausencia de vestido. El vestido, de hecho, es una expresión de la diferencia entre el hombre y los animales, e indica la reverencia debida al cuerpo humano. Vivir en armonía con la desnudez originaria significa vestir de tal forma que nuestro atuendo se conforme al misterio del propio ser:

“Varón y mujer los creó”.

Y les quedó el don que Dios les dio.

Tomaron en sí –a la medida humana– esta donación mutua
que hay en Él.

Ambos desnudos...

No sentían vergüenza, mientras conservaban el don–
la vergüenza llegará con el pecado,

por ahora permanece la exaltación. Viven conscientes del don,
aunque quizá ni saben nombrarlo.

Mas lo viven. Son puros.

Juan Pablo II admiraba los frescos de la Capilla Sixtina, en que Miguel Ángel retrató el cuerpo humano como lugar donde Dios se hace visible. El Papa sabía que Dios es invisible: «El final» escribió en *Tríptico Romano* «es igual de invisible como el principio. / El universo fue creado por el Verbo y al Verbo regresa». No obstante, el principio y fin del mundo, aunque invisibles en sí mismos, se nos hacen visibles en el cuerpo humano, en su viaje desde el nacimiento hasta la muerte. La desnudez originaria es, en último término, la capacidad humana para ser imagen de Dios Amor. Vivir en esta pureza originaria quiere decir aprender a ver las cosas con los ojos del Creador, que ve siempre el cuerpo en conexión con toda la persona y con su llamada al amor. Significa volver a vivir de nuevo la experiencia original del cuerpo como un «sacramento primordial» o «pre-sacramento», en que el misterio del amor de Dios se hace presente y activo. Como Juan Pablo II escribe en su *Tríptico Romano*:

Vio, descubría la huella de su Esencia–

Hallaba su resplandor en todo lo visible.

El Verbo Eterno es como si fuera un umbral
tras el cual vivimos, nos movemos y existimos.

Presacramento –el solo ser del signo visible del Amor eterno.

Entrar en la comunión de Dios

Empezamos este capítulo con la historia de Teresa y Andrés, cuando los dos veían su reflejo en el escaparate del taller del anciano orfebre. Ahora sabemos que la imagen que les mira desde el espejo es su misma historia de entrega mutua, convertida toda ella en un «signo visible del amor eterno». Teresa y Andrés captan la presencia del orfebre, que representa a Dios, dentro de su mismo amor. A los dos les abraza el amor divino:

El escaparate de su taller [...] se convirtió, en cambio, en un espejo que nos reflejaba a los dos –a Teresa y a mí. [...] Estábamos no solo reflejados, sino absorbidos. Me sentía como observado y reconocido por alguien que se hubiera escondido al fondo de aquel escaparate.

Pero, ¿cómo es posible que el amor de Teresa y Andrés, su historia de entrega mutua desde el principio al fin, sea capaz de hacer presente el manantial infinito y trascendente del amor? ¿Cómo puede el amor humano, tan frágil y breve, contener el amor eterno de Dios?

Solo la Buena Nueva, el Evangelio cristiano, da respuesta plena a estas preguntas. La vida y muerte de Cristo revelan que Dios es en sí mismo Amor, una comunión de personas en que Padre e Hijo son uno en el vínculo del Espíritu Santo. Esto quiere decir que el Dios cristiano, al ser un Dios Amor, tiene dentro de sí espacio para el hombre. Por eso el amor humano cabe dentro de Dios mismo, puede ser acogido por Él y transformado en Él.

La revelación ilumina el camino de la imagen de Dios que acabamos de describir. Hemos visto ya que cada hombre descubre, a través de sus padres, que él procede de Dios Padre, el Creador; descubre que es hijo de Dios y, por eso, imagen suya. Ahora bien, podríamos preguntarnos: ¿hasta qué punto esa filiación le importa a Dios mismo? ¿Hasta qué punto toca su propio corazón? Es aquí donde Cristo aporta una novedad: Jesús nos hace ver que Dios no empieza a ser Padre solo cuando crea a Adán y Eva. Su paternidad es, por el contrario, parte de su mismo ser desde la eternidad, desde mucho antes que el hombre apareciera en escena. En efecto: Dios siempre ha sido Padre, porque desde la eternidad tiene un Hijo, que lo recibe todo de Él. Este Hijo es el Hijo Amado, que está siempre junto al Padre: es Él quien abre un espacio en el mismo seno de Dios para que nosotros podamos entrar, para que Adán y Eva puedan ser llamados hijos de Dios con toda verdad. Esto quiere decir que la filiación del hombre alcanza el mismo corazón del ser divino, pues el hombre está destinado a compartir la filiación de su Hijo eterno, a ser hijo en el Hijo.

A esto tenemos que añadir un segundo elemento, que se refiere al Espíritu Santo. Dios no está solo presente en Adán y Eva como el origen de quien ambos vienen. Adán y Eva experimentan también el amor de Dios en el interior mismo de su amor esponsal, como un vínculo que los abraza y une entre sí. Por eso los esposos están unidos en una dimensión que los supera a ambos. Como dice el filósofo Jean Guittou: «Solo amamos de verdad si amamos en una esfera que es superior a nosotros, en una unidad más noble y más plena, en una dimensión que asegura la unión de los dos amantes. Del mismo modo que la respiración requiere que haya atmósfera, así el amor pide una “erósfera”... La verdadera dimensión que une a los amantes, que los afianza [...] es lo que los hombres llaman Dios».

Podríamos preguntarnos, de nuevo: ¿Hasta qué punto ese amor que nos une y nos lleva está en relación con Dios mismo? ¿No es a fin de cuentas un amor frágil, indigno del perfecto ser de Dios? ¿Cómo puede el Dios infinito rebajarse a la altura del hombre, hecho del barro? De nuevo, hemos de volver al evangelio de Cristo. A la experiencia humana fundamental, la de amarse en la dimensión del misterio absoluto que es Dios, Jesús trae un cumplimiento inesperado. Él muestra que este amor que une a los esposos es una participación en el Espíritu Santo, en el mismo amor que une eternamente al Padre y al Hijo en la comunión de

la Trinidad. El amor de Dios puede introducir a Adán y Eva en el verdadero misterio de su ser porque este amor es su mismo Espíritu de amor, que escruta las profundidades de Dios. Juan Pablo II describe al Espíritu como la persona don, en el que el hombre puede aceptar el don que es Dios mismo y así puede entrar en la comunión divina. Más aún, la presencia del Espíritu en el amor humano transfigura el cuerpo del hombre y la mujer, llevando a cumplimiento la pureza originaria. Una anécdota de la vida del gran místico ortodoxo San Serafín de Sarov, ilustra bellamente esta transfiguración:

El Padre Serafín me cogió firmemente por los hombros y dijo: «Ahora estamos los dos en el Espíritu de Dios. ¿Por qué no me miras?» Respondí: «No puedo mirarte, Padre, porque tus ojos llamean como relámpagos. Tu rostro se ha hecho más brillante que el sol...» El Padre Serafín replicó: «No te asustes, hombre santo. Ahora tú mismo te has hecho tan brillante como yo. Ahora estás tú mismo dentro de la plenitud del Espíritu de Dios; de otra forma no serías capaz de verme...».

El Dios cristiano es Padre, Hijo y Espíritu Santo, «el que ama, el amado, y el amor mismo». El Hijo lo recibe todo del Padre y lo devuelve todo a Él en la unidad perfecta del Espíritu Santo, que es el vínculo de unión entre ellos. Este dinamismo de amor tiene lugar en el centro mismo del ser divino. Yacen aquí los fundamentos para que la historia temporal del hombre, en su movimiento desde el amor al amor, pueda ser introducida en la entraña misma de Dios. Nuestro viaje hunde las raíces en Dios y regresa a Él a través del amor; se trata de un camino que toca el ser de Dios y, por eso, contiene su imagen sagrada.

Y así, aunque «el principio y el fin son invisibles» se hacen visibles en la trayectoria temporal del amor humano, que hemos resumido en tres pasos. En primer lugar, Adán se da cuenta de que, incluso cuando ya es adulto, sigue siendo un hijo que nunca deja de venir del Padre. En segundo lugar, Adán descubre que está llamado a volver al Padre precisamente aceptando el don de Eva y dándose a sí mismo a ella. En tercer lugar, la fecundidad de la unión de Adán y Eva atestigua que el amor que comparten les trasciende a los dos: «He concebido un hijo con la ayuda de Dios» (cf. Gén 4,1). Al considerar estos tres pasos podemos concluir: la familia, que contiene toda la genealogía de la persona desde la infancia en que aprende a ser hijo hasta la entrega esponsal y fecunda, está llamada a ser imagen de la Trinidad. La imagen completa de Dios no está ni en el alma sola, ni tampoco solo en el individuo, compuesto de alma y cuerpo, sino en la comunión de personas que participa y da testimonio de la misma comunión trinitaria de Dios. La familia contiene la imagen porque en ella somos hijos, nos entregamos como esposos, nos convertimos en padres. Como dice Karol Wojtyła en su poema *Meditación sobre la paternidad*: «Si yo supiera anegarme en Él, injertarme en Él, podría yo sacar de mí ese amor que el Padre revela en el Hijo; y en el Padre, por el Hijo, engendra al Esposo».

El viaje que Adán y Eva siguen para llevar a plenitud la llamada al amor les conduce al mismo centro de la comunión trinitaria. Y así damos fin a la primera parte de nuestro recorrido, a la vez que nos sale al paso una pregunta: ¿somos realmente capaces de completar este viaje y llegar a la meta? Incluso si nuestros cuerpos nos revelan el misterio de Dios, ¿no es cierto que quedan infinitamente lejos de la trascendencia del ser divino? Más aún: ¿no es verdad que el camino del amor ha quedado obstruido por nuestro rechazo del amor mismo, por nuestro pecado e infidelidad? La solución a estas dificultades, como todas las respuestas que nos han ido llegando en el camino del amor, tiene que venir desde arriba. En efecto, hemos visto que el amor, desde sus primeros pasos, consistía precisamente en una revelación, en una sorpresa que iluminaba los pasos de Adán y Eva sin que pudieran producirla por sí solos. Será la consideración del misterio de Cristo, plena Imagen que manifiesta la verdad acerca del hombre, la que nos oriente en la segunda parte de nuestro libro.